

fortunas arruinadas, y opinaban que el único medio para salir de tan grave situación era la implantación de un gobierno más enérgico é intransigente que el propuesto por las Convenciones.

Hasta hubo otros que mostrábase sinceros admiradores de la Constitución británica, que, como hemos dicho, era la sola que en aquella época podía ofrecer un modelo, algunos, que hubieran preferido la fuerza de aquel gobierno á las verdades evidentes de la declaración de la independencia, mezclándose entre todas estas ideas y encontradas opiniones, ambiciones é intereses particulares difíciles de conciliar, como siempre ha sucedido en todas las cuestiones humanas, y principalmente en las contiendas sociales y convulsiones políticas de más ó ménos trascendencia.

Los servicios que en tal ocasión prestó Washington, prueban hasta qué punto era necesario su ascendiente para afirmar tan titánica obra. En medio de una sociedad tan conmovida y trabajada, sin ambición ni ilusiones, más por deber que por inclinación, por el deber de contribuir una vez más á la salvación de la patria confiando en la verdad ántes que en el buen éxito, procuró fundar el gobierno decretado por la Constitución, á cuya formación de un modo tan directo y eficaz contribuyera.

Subió al poder provisto del gran influjo que hasta sus mismos adversarios reconocían y aceptaban, juzgándolo necesario, por más que él dijera que «la influencia no es gobierno,» é interesándole muy poco, en la lucha de los partidos, lo que pertenecía á la organización del estado social. Fué preciso sostener una enérgica lucha y todo el patriotismo de Washington, para mantener la paz interior y evitar una disolución irreparable.

En 1787, ántes de dirigirse á la convención de Filadelfia, procuró instruirse, y al efecto estudió las principales confederaciones antiguas y modernas; pero el extracto de aquel trabajo, encontrado más tarde entre sus papeles, demuestra que se esmeró más bien en reunir datos en apoyo de las sencillas ideas más en armonía con sus sentimientos y su conciencia, que en meditar sobre la naturaleza íntima de las complicadas combinaciones de las sociedades humanas en todas sus formas y en todos sus grados.

Por otra parte, demasiado sabemos que Washington por temperamento, por carácter, se inclinaba al estado social democrático. De entendimiento recto, más bien que de gran ex-

tension, de corazón justo y tranquilo, de conciencia pura, poseído de la mayor dignidad, pero exento de toda pretensión apasionada y orgullosa, amante del aprecio público más que de la ostentación del mando, muy lejos de molestarle la equidad y sencillez de las máximas y costumbres democráticas, no la equidad mal entendida y las máximas y costumbres desastrosamente interpretadas y puestas en práctica, si que la verdadera equidad basada en los más estrictos derechos y los más sagrados deberes, y las máximas y costumbres más esenciales para la salud pública, satisfacían su razón, armonizaban las naturales inclinaciones de nuestro héroe.

Washington no se cuidaba de buscar con los adictos al sistema aristocrático, si se requerían combinaciones más doctas, clasificaciones de esta á la otra clase, privilegios, recursos más ó ménos artificiales y estudiados, para conservar la sociedad; vivía tranquilo y en cierto modo descuidado en medio de un pueblo igual y soberano, sometiéndose sin el menor trabajo á su dominio, que consideraba legítimo, sin inquietarse para nada en esta parte: sólo cuando del orden social se pasaba á ocuparse de la cuestión política, cuando se trataba de la organización del gobierno, declarábase federalista acérrimo, enemigo decidido de las pretensiones locales y populares, partidario de la unidad y de la fuerza del poder central, único vínculo de la confederación de los Estados y base de su preponderancia.

Animado de estos sentimientos y poseído de estas ideas, Washington entró á ocupar la presidencia, sin que su elección significara el triunfo de ningún partido, por juzgarle superior á todos hasta sus mismos adversarios. Había aspirado siempre á este lisonjero privilegio, al privilegio de poseer la confianza general que inclinó de su parte el unánime anhelo de todos sus conciudadanos, el espíritu público, y cuya noble aspiración se expresa en algunas frases dirigidas, con tal propósito, á varios amigos con quienes le unía una particular intimidad, hija de sus estrechas y antiguas relaciones. «Quiero conservar mi entendimiento y mis acciones, decía, resultado de mi reflexión, libres é independientes como el aire..... Si es mi destino inevitable administrar la cosa pública, llegaré á la presidencia sin empeño anterior de ninguna clase..... Publíquese lo que se quiera respecto á mí, no contestaré con recriminaciones; ni aún sé si me justificaré algún día..... Todo eso no

tiende más que á alimentar la declaración..... Los entendimientos de los hombres difieren como sus rostros; y cuando las causas de sus acciones son puras, no se les pueden imputar las ideas, como tampoco las facciones..... Las disidencias en política son inevitables, y en cierto modo necesarias..... Pero me duele mucho ver que hombres de talento, celosos patriotas, que se proponen en general el mismo objeto, y tratan de conseguirlo con intenciones igualmente rectas, no empleen más libertad y claridad en sus juicios sobre sus opiniones y acciones recíprocas (1).»

De este modo, huyendo de toda polémica personal, de los apasionamientos y las preveniciones de sus amigos y de sus enemigos, empleaba toda su política en conservar una posición neutral, una actitud independiente que llamaba con la mayor propiedad *justo medio*, y que es difícil sostener cuando no existen en el individuo especiales condiciones.

Washington lo consiguió, por la natural predisposición de su ánimo y la energía de su carácter. Tuvo la suerte de que su país supo hacerle justicia.

Realmente extraño á todos los partidos, sin dejarse dominar por otra idea que la del bien de la patria, hombre de experiencia y de acción, tenía una exactitud de juicio admirable, sin pretensión ninguna sistemática, y sin que se dejara llevar de preveniciones ni preocupaciones de ninguna clase. Por esto no se notaba en su conducta dureza ni violencia lógica, empeños de amor propio ni rivalidad alguna. Siempre que prevalecía su opinión, no significaba para sus adversarios un empeño perdido; pues no vencía en nombre de su superioridad ni en representación de un partido, si que en fuerza de la misma necesidad de las cosas.

No obstante, su triunfo no era un hecho injustificado y sin moralidad, un simple resultado de la industria diplomática ó política, sino que apartándose de toda teoría, tenía profunda fe en la verdad, y la tomaba por norma de sus actos. Nunca se proponía que prevaleciera una idea por oposición á los defensores de otra contraria, ni obraba únicamente por mero interés y con la sola mira del triunfo. Nada emprendía sin creer que le asistían la razón y el derecho, y por lo mismo sus acciones, sin hallarse revestidas de un carácter sistemático y humillante para sus adversarios, presentaban un aspecto

(1) Writings, tom. IV, págs. 481-108-148-475-283-280-236.

que hacía que fuera para todos respetables.

Aparte de esto, todos abrigaban el más profundo convencimiento de su desinterés, y la gran confianza que tal circunstancia había necesariamente de inspirar, no dejaba de ejercer inmensa influencia en los ánimos, que abundaban en la seguridad de que sus intereses no se habían de ver sacrificados á miras personales y ruines ambiciones.

Su primer acto, en la formación del ministerio, fué la prueba más elocuente de su imparcialidad; pues no precediendo en su elección sino la idea del afecto que el público les profesaba, á la par que el conocimiento que tenía de su indisputable mérito y reconocida disposición, no reparó en conferir tan importantes puestos á los partidarios de uno y otro bando que creyó habían de satisfacer mejor sus patrióticos deseos. Nombró á Jefferson secretario de Estado; á Hamilton jefe de la Tesorería; al general Knox secretario de la guerra; á Randolph procurador general. Hamilton y Knox federalistas; Jefferson y Randolph demócratas. Hamilton y Jefferson pueden considerarse como los dos jefes de ambos partidos.

Cuéntase Hamilton como uno de los hombres que han conocido mejor los principios vitales y las condiciones fundamentales del gobierno. No hay en la Constitución de los Estados- Unidos un solo principio de orden, de fuerza y de duración á cuya introducción y sostenimiento no haya contribuido energicamente, hasta conseguir su predominio. Tal vez creía preferible el gobierno monárquico al republicano; tal vez dudó que saliese triunfante el ensayo intentado en su país; tal vez arrastrado también de la vivacidad de su imaginación y del ardor lógico de su mente, era exclusivo en sus miras y exagerado en sus deducciones; pero de carácter elevado, como de alma, servía con toda lealtad á la república, y procuraba darle solidez; nunca debilitarla. Sabía por demás que, naturalmente y por ley esencial de las cosas, el poder está en lo alto de la sociedad, como la cabeza en la parte superior del cuerpo del hombre; que debe constituirse conforme á esta suprema ley, y que todo sistema que se separa de ella, todo esfuerzo contrario introduce en el cuerpo social, más ó ménos tarde, flaqueza y confusión, falta de vitalidad y de energía. Se engañó, sin duda, al querer atenerse demasiado y con obstinación algo arrogante, á los ejemplos de la constitución inglesa, atribuyendo á veces en estos ejemplos la misma



autoridad al bien y al mal, á los principios y al abuso, y no concediendo á la variedad de las formas políticas, á la flexibilidad de la sociedad humana una parte bastante grande, una confianza bastante generosa. No tenía en consideración que hay épocas en que el genio político consiste en no temer lo nuevo, respetando lo antiguo y lo eterno.

Jefferson era el más fiel y eminente representante del partido democrático. Como es uno de los ilustres personajes que fueron llamados á ocupar la presidencia, nos reservamos la tarea de entrar en más detalles para cuando nos llegue el turno de tener que ocuparnos de su historia biográfica.

Knox era un soldado probo, mediano y dó-



Estatua de Jefferson enfrente de la Casa blanca en Washington

cil; Randolph un abogado de reputación, pero hombre de poca fe, irresoluto y de probidad ambigua. Su reputación, el haber sido ya gobernador de Virginia, y uno de los primeros en aprobar la Constitución, fué suficiente para conferirle dicho elevado cargo.

Llevado de las mismas miras que le guiaron al proceder á estos nombramientos, Washington eligió á Juan Jay para jefe del Tribunal Supremo de Justicia.

El talento, la rectitud, el patriotismo y la reconocida moralidad de tan distinguido juriconsulto, — observa un notable historiador, — eran las cualidades más necesarias para

el que había de ocupar tan elevado puesto (1).

Al comunicarle por escrito su nombramiento, Washington le decía: «Tengo plena confianza en que el amor que profesais á vuestro país, y el deseo de promover el bienestar general, serán motivos más que suficientes para que aprovecheis vuestro talento, rectitud y buenas disposiciones, tan necesarias en ese departamento que puede considerarse como la piedra de toque de nuestro edificio político.»

Cushing, Wilson, H. Harrison, Blair, y Rutledge, todos hombres distinguidos y de gran

(1) Spencer, *Historia de los Estados Unidos*, tom. II, pág. 201. Edición Montaner y Simon, Barcelona.

valía, fueron nombrados jueces agregados. De manera que con la acertada elección de estos sujetos, quedó constituido un tribunal digno del rango que la Constitución le designaba.

Desde aquel momento pasó á ser un hecho real y seguro el establecimiento del Gobierno de los Estados- Unidos que debía labrar la prosperidad de aquel gran pueblo.

Después de muchas y atareadas sesiones, durante las cuales reinó la más perfecta armonía entre los poderes ejecutivo y legislativo, el Congreso cerró sus sesiones el 29 de setiembre, para reanudarlas el primer lunes de enero de 1790.

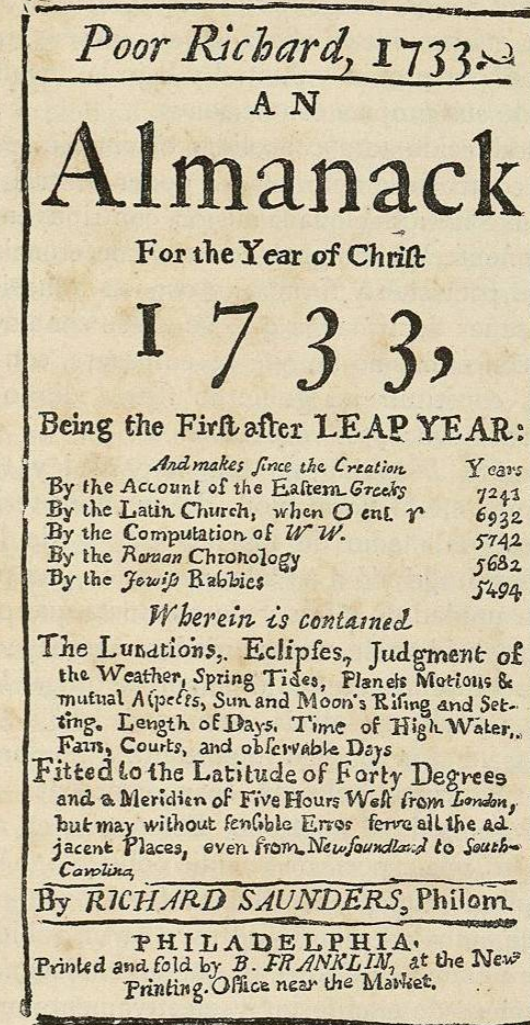
Con tal motivo, Washington escribió una carta de la cual extractamos los siguientes párrafos: «No me cabe la menor duda que este Gobierno, aunque no del todo perfecto por ahora, es uno de los mejores del mundo. Siempre creí que una representación libre é igual del pueblo en la legislatura, juntamente con un eficaz poder ejecutivo responsable, era la más fuerte columna sobre que pueda apoyarse la libertad americana. Verdaderamente es casi milagroso que haya habido hasta unanimidad al tratarse puntos de la mayor importancia entre tan gran número de ciudadanos de tal modo diseminados, y de tan distintas costumbres. Esta unanimidad y buenas disposiciones de los ciudadanos son las más favorables circunstancias para continuar este Gobierno que tenemos, y grandes motivos para creer que satisfará las exigencias del país.»

Sin embargo, sólo el estado crítico de los negocios cuando empezó á regir la Constitución, y la preponderancia imparcial de Washington, pudieron conseguir aplazar, ya que no poner coto á las disidencias que reinaban aún en el seno del mismo gabinete, á consecuencia de la rivalidad entre Hamilton y Jefferson.

Washington procedió con singular constancia y notable prudencia. Mientras estuvo al frente del gobierno y tuvo á su lado aquellos dos hombres eminentes, empleó con ellos mucha circunspección, y les mostró la misma confianza, creyéndoles á ambos sinceros y capaces, necesarios al país y á sus planes. Jefferson, además de servirle de vínculo, de medio de influencia en el partido popular que más tarde se convirtió en oposición, servíale en el interior del gobierno de contrapeso á las tendencias de Hamilton y sus correligionarios. Consultaba por separado á los dos sobre los negocios que debían tratar juntos, para conciliar ó aminorar su discrepancia. Tenía el tacto suficiente para saber convertir el mérito de cada uno y el favor que gozaban en su partido, en ventaja del gobierno y á su vez hasta de ellos mismos. Solía aprovechar todas las ocasiones de envolverlos en una responsabilidad común; y cuando la escisión demasiado profunda ó las pasiones demasiado vivas amenazaban

provocar un rompimiento, sabía interponerse con oportunidad, exhortaba, rogaba, y con su influencia personal, ó invocando afectuosamente el patriotismo y la buena intención de los dos rivales, lograba calmarles, ó por lo menos retardar el conflicto que no podía evitar.

Trataba todos los asuntos con igual prudencia y miramiento que á los hombres: atento siempre á su posición personal, nunca suscitaba ninguna cuestión inoportuna ó superflua; ajeno al prurito de regularlo ó dominarlo todo, dejaba que los grandes cuerpos del Estado, los gobiernos locales, sus propios empleados obraran



Facsimile de la portada del «Almanaque del Pobre Ricardo» publicado por B. Franklin